

## TOLEDO, MARCO GEOGRÁFICO DE LA ILUSTRE FREGONA<sup>1</sup>

*Juan Carlos Pantoja Rivero*

### 1. Cervantes y Toledo: de la realidad a la ficción

Ciertamente, la vida de Cervantes nos es conocida a medias. Muchos han sido los biógrafos del insigne alcalaíno; algunos más apasionados que científicos, pero todos atraídos por la personalidad del hombre que escribió una de las más grandes novelas de todos los tiempos. De la lectura de estas biografías se extrae siempre una conclusión clara e indiscutible: amén de sus aventuras como soldado y como cautivo, Cervantes fue un infatigable viajero; unas veces movido por las circunstancias adversas, otras por motivos de trabajo y algunas, también, por el placer de conocer. Ya dijo él mismo en alguna ocasión que “el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos”<sup>2</sup>.

En ese continuo nomadismo que caracteriza la vida de Cervantes, da éste consigo en Esquivias, lugar casi equidistante de la Corte y de la Imperial Ciudad, donde conoce a Catalina de Salazar, con quien se casará al poco tiempo. Aparte los viajes que hiciera él antes a Toledo, su matrimonio será motivo de muchos desplazamientos de nuestro autor a la ciudad del Tajo, llevado allí por asuntos relacionados con las posesiones que su suegra tenía en esta urbe o por celebraciones familiares, propiciadas por la toma de hábitos eclesiásticos de sus cuñados, Fernando y Francisco<sup>3</sup>. Por otro lado, Toledo era paso casi obligado para Andalucía, por lo que nuestro au-

---

<sup>1</sup> Una versión reducida de este trabajo, con aplicaciones al aprovechamiento didáctico en el bachillerato, se puede consultar en las *Actas del XI Simposio General de la Asociación de Profesores de Español* (en prensa).

<sup>2</sup> Miguel DE CERVANTES, *El coloquio de los perros*, en *Novelas ejemplares*, vol. III, edición de Juan Bautista Avallé Arce, Madrid, Castalia, 1982, p. 285.

<sup>3</sup> Sobre todos estos asuntos, véase Jean CANAVAGGIO, *Cervantes, en busca del perfil perdido*, 2.<sup>a</sup> ed., aumentada y corregida, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pp. 147-160 y 187, entre otras.

tor debió de estar en la ciudad en muchas ocasiones, camino de sus destinos en el sur, además de las motivadas por su parentesco con los Salazar y Palacios de Esquivias. No faltan autores, dados a lucubraciones apasionadas, que llegan casi a afirmar que Cervantes posó para El Greco, cuando éste pintaba *El entierro del Conde de Orgaz* a instancias del párroco de Santo Tomé, en Toledo, con cuya sobrina se casó un sobrino de Catalina<sup>4</sup>.

Mucha mitología en torno a un hombre que, a veces, permite que su vida se refleje en su obra, pero cuyas referencias autobiográficas no debemos considerar siempre como verdades históricas, pues no se ha de olvidar que la literatura es, ante todo, ficción. Y por ese camino hemos de transitar; por el que lleva al artista a hacer de la realidad ficción para confundir ambas cosas en una sola, como ocurre en el *Quijote*, donde los personajes ficticios aparecen mezclados con otros reales (incluido el mismo autor) y donde se difuminan los límites entre lo real y lo ficticio.

Por eso nos transportamos, a través de *La ilustre fregona*, a un Toledo real, conocido palmo a palmo por Cervantes, pero inscrito en los cánones de la ficción, poblado de personajes novelescos, idealizado a veces e irónicamente tratado en otras ocasiones. Es el Toledo que se eleva por encima de la imaginación y se proyecta incólume, tal como lo vio y lo sintió Miguel de Cervantes.

## 2. La ciudad de Toledo y La ilustre fregona. Su importancia en la acción novelesca

Cuando Cervantes escribió sus *Novelas ejemplares* era consciente de que el género que abordaba (y que, como él mismo nos dice, no había sido antes practicado en lengua castellana) debía tener como marco geográfico la ciudad. Las acciones de una *novella* a la manera italiana ponen sobre el papel las relaciones humanas en un entorno predominantemente urbano, que las acerca más a la realidad, frente a los ambientes bucólicos de la novela pastoril o al mundo maravilloso y fantástico de los libros de caballerías. no en vano el género que introducía nuestro autor pasó a ser denominado por la crítica (aunque no sin ciertas reticencias de algunos sectores) 'novela cortesana'<sup>5</sup>, en clara alusión al predominio de la corte

---

<sup>4</sup> Es el caso de Luis ASTRANA MARÍN en *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Ed. Reus, 1948-1958. 7 vols. También parecen inclinarse en este sentido Luis MORENO NIETO y Augusto GEYSSE en su obra *Toledo y los toledanos en las obras de Cervantes*, Toledo, I.P.I.E.T., 1982.

<sup>5</sup> Así en Agustín GONZÁLEZ AMEZÚA, *Formación y elementos de la novela cortesana*, Madrid, R.A.E., 1929.

como marco geográfico, y por extensión, a la presencia de las ciudades en ese papel. De esta forma, encontramos el entorno urbano como elemento estructural casi imprescindible no solo en Cervantes, sino en todos aquellos que, a imitación suya, cultivaron la *novella* en el siglo XVII. Es el caso de María de Zayas, Castillo Solórzano, Alcalá y Herrera o Mariana de Carvajal, por citar solo unos nombres.

Pero no estamos aquí teorizando sobre la novela corta; nuestro fin es enmarcar *La ilustre fregona* en la ciudad elegida en este caso por Cervantes: Toledo. Era Toledo, a la sazón, una de las más populosas urbes castellanas, corte hasta la mitad del XVI y dotada, como hoy, del atractivo histórico-artístico que ya ponderara Garcilaso y, por supuesto, el mismo Cervantes. Todo ello favorece un movimiento humano considerable y una mezcla de tipos urbanos sumamente atractiva para los escritores y los artistas. Toledo es lugar de paso o de permanencia para muchos de los personajes de la literatura de los Siglos de Oro (ahí están, como ejemplos mínimos en la inmensa bibliografía toledana, Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache o Elena, en *La hija de Celestina* de Salas Barbadillo). Pero también es lugar de referencia obligada; rara es la obra escrita hasta finales del XVII en la que no aparezca al menos una mención a la ciudad del Tajo. Y Cervantes no es tampoco la excepción a esta regla; la presencia de Toledo en la obra del alcalaíno ha sido objeto de diversos estudios y aún puede dar mucho de sí en este sentido.

En *La ilustre fregona*, nuestro autor sitúa la acción en Toledo y nos ofrece la visión que él mismo quiere darnos en ese momento de esta ciudad. Como iremos analizando a continuación, no es aquí la heroica y monumental Ciudad Imperial la que interesa a Cervantes; estamos más cerca del movimiento de gentes, de la caracterización de éstas y de un Toledo a la vez descendente y ascendente centrado en las cercanías del río Tajo por la parte del nordeste. Así pues, dos son los aspectos que dominan en la ciudad que aloja a la bella Costanza: el trasiego de gentes y la fusión de una humanidad variopinta con los habitantes estables de Toledo, por un lado; por otro, la ciudad vergel, aposentada sobre las riberas del Tajo, cuyas aguas son una de las bases de la vida y a cuyo amparo florece la vegetación casi inimaginable de la Huerta del Rey.

## 2.1. *La ciudad de “La ilustre fregona”*

La ciudad que vio Cervantes difiere bastante de la que se puede contemplar hoy, al menos en el aspecto urbanístico. No cabe duda de que en el plano monumental, la base de lo que ahora se conserva estaba ya a fi-

nales del XVI. Lo mismo podríamos decir de la red viaria; sin embargo, Toledo ha modificado su estructura, sobre todo en las zonas que se encuentran extramuros. El Toledo de Cervantes se concentra tras las murallas cuando es el hervidero humano que interesa al novelista, y sale al exterior para mostrarnos parajes campestres o zonas ajardinadas al amor del Tajo, donde Lope Asturiano protagoniza el gracioso episodio de la cola del asno.

Pero, ¿cómo fue la ciudad que conoció Costanza y por cuyas plazas y calles se movieron Carriazo y Avendaño? Se podría aventurar que la imagen de Toledo de *La ilustre fregona* pudo ser –casi exacta– la que nos ofrece El Greco en su famoso cuadro *Vista y plano de Toledo*. El plano (que reproduzco al final del trabajo), tal vez trazado por Jorge Manuel Theotocópuli, el hijo del pintor, es datable, según Julio Porres, entre 1606 y 1614<sup>6</sup>. Este intervalo de años bien pudo ver pasear por la Ciudad Imperial al autor del *Quijote*, el cual era ya conocedor de esta. Además, las fechas no son nada alejadas de las de la posible composición de *La ilustre fregona*. En definitiva, si el Toledo de Cervantes no fue el mismo que el de El Greco, poco debió de diferenciarse.

Antes de analizar la visión de la ciudad que nos da nuestro autor, conviene anotar los topónimos sobre los que se apoya, localizables en el citado plano de El Greco. En primer lugar recojo los nombres relacionados con ambientes de la picaresca y la jacarandina (que luego serán analizados). Así, se citan las Ventillas de Toledo, Zocodover y el mismo Mesón del Sevillano. En el plano espiritual son notables las menciones del Sagrario (en la catedral) y del Monasterio de Nuestra Señora del Carmen. Y en lo que respecta a los lugares de solaz y esparcimiento, Cervantes se refiere a las Vistillas de San Agustín, la Huerta del Rey y la Vega. También cita el Artificio de Juanelo, la cárcel y la puerta de Alcántara. Y la acción de la novela se desarrolla, espacialmente, entre la cuesta del Carmen (hoy de Cervantes) y el río Tajo, básicamente.

Este fugaz repaso nos hace ver, a las claras, que a Cervantes no le interesa (al menos en esta ocasión) ponderar las grandezas artísticas de Toledo, ya que elude hablar de ellas. Cuando Avendaño decide quedarse en Toledo para cortejar a la hermosa Costanza, le confiesa a Carriazo que quiere “ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el Artificio de Juanelo, las Vistillas de San Agustín, la Huerta del Rey y la Vega”<sup>7</sup>. A nadie se le escapa que en esta relación predominan los parajes

<sup>6</sup> Julio PORRES, *Planos de Toledo*. Toledo, I.P.I.E.T., 1989, plano núm. 9.

<sup>7</sup> Miguel DE CERVANTES, *La ilustre fregona*, en *Novelas ejemplares*, vol. III, edición de Juan Bautista Avallé Arce, Madrid, Ed. Castalia, 1982, pp. 59-60.

naturales, frente a lo que realmente “hay famoso” en Toledo. Cervantes, aparte de seleccionar los sectores que le interesan de la ciudad, demuestra conocerla muy bien, pues no se limita a citar los lugares más conocidos (catedral, puerta de Bisagra, alcázar, San Juan de los Reyes...), sino que hace referencia a espacios de recreación, sin duda transitados por él en sus viajes a Toledo. Es una ciudad más íntima, más particular, alejada un tanto de la que conocerían los viajeros y de la que hoy conocen propios y extraños. A ello contribuye también el hecho de que algunos de estos lugares ya no existen, como es el caso de las Ventillas de San Agustín o la Vega.

En resumen, Cervantes nos ofrece dos visiones de Toledo: la de la ciudad habitada por gentes de diversa índole (desde el clero a los pícaros), y la de la ciudad sosegada, abrazada por el río, que se recrea en la amenidad de los prados y en la solana invernal de los paseos.

## 2.2. *El marco urbano: entre pícaros y conventos*

La primera imagen de Toledo que nos muestra Cervantes en *La ilustre fregona*, se relaciona plenamente con el mundillo de la picaresca y del hampa que tan bien retrata en *Rinconete y Cortadillo*. Gran conocedor de estos ambientes, en tanto que gran viajero y observador, Cervantes nos ofrece, al principio de la novela, un esquemático mapa de la España de los jaques, en el que nos lleva de Madrid a Sevilla pasando por Toledo. En ese itinerario, Carriazo “aprendió a jugar a la taba en Madrid, y al rentoy en las Ventillas de Toledo, y a presa y pinta en pie en las barbancas de Sevilla”<sup>8</sup>. Esta primera alusión sitúa a nuestra ciudad entre las más propicias para la vida canallesca: la Corte, maremagno que facilita la confusión, y Sevilla, paso obligado a las Indias y “archidiócesis” de la jacarandina. Esas Ventillas de Toledo, situadas según Avalor Arce en el camino de Toledo a Madrid<sup>9</sup>, y que ya citó Cervantes en el *Quijote* (I,3), fueron sin duda lugar de paso de trajinantes, desocupados y maleantes, como es común a todos los establecimientos de los caminos. En una venta, la del Molinillo concretamente, se encontraron Pedro del Rincón y Diego Cortado, antes de iniciar juntos el camino que les había de llevar a la Sevilla de Monipodio.

De las Ventillas de Toledo no se conserva nada hoy en día, lo que nos lleva a tratar el asunto con cautela. No obstante, cerca de la actual carretera Madrid-Toledo existieron varios grupos de ventas que estaban en pie

<sup>8</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 46.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 46, nota 8.

en 1561. Se trata de las Ventas del Arenal y de las Ventas de Hernán Sánchez<sup>10</sup>. Además, Luis Hurtado de Toledo habla de la existencia de cincuenta y dos ventas en el año 1576, situadas en los distintos accesos a la ciudad<sup>11</sup>. Sea como fuere, no cabe duda de que entre todos estos establecimientos hemos de situar los citados por Cervantes, que debieron de ser famosos en los últimos lustros del siglo XVI.

Ya dentro de la ciudad se nos habla de otro lugar omnipresente en la literatura áurea: la plaza de Zocodover, centro humano y comercial de Toledo en todas las épocas. Ya en el *Quijote* (I, 22), nos presenta Cervantes a uno de los galeotes de la cuerda de Ginés de Pasamonte, que afirma que de haber sobornado al escribano y al procurador en su juicio, estaría “en mitad de la plaza de Zocodover en Toledo, y no en este camino...”<sup>12</sup>. Como él, otros muchos vagabundos, desocupados y pícaros en general transitarían el centro neurálgico de Toledo en tiempos de Cervantes, quien en la novela que estudiamos alude a los “cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid”<sup>13</sup>. Estos personajes, ladrones de bolsas, harían su ‘negocio’ con facilidad en una plaza en la que se celebraba asiduamente un mercadillo, regulado ya en tiempos de Enrique IV, en el año 1468, considerado por Julio Porres “tan antiguo como la misma plaza”<sup>14</sup>, y en cuyas inmediaciones se desarrollaba una ingente actividad mercantil, al amparo de una profusión de mesones, bodegones y tabernas por las que desfilarían gentes de toda laya. En este ambiente hemos de situar también los corrillos en los que se difunde la nunca vista belleza de Costanza o se comenta la demanda de la cola hecha por Carriazo cuando era Lope Asturiano, que no quedó “taberna, ni bodegón, ni junta de pícaros donde no se supiese el juego del asno...”<sup>15</sup>.

Una ciudad, pues, mediatizada por el trasiego de gentes, adornada con los jaeces del hampa, cuyos principales sujetos se concentran (en la novela), en la Posada del Sevillano y en las riberas del Tajo. Nos interesa ahora seguir en la parte alta de Toledo, algo alejados del río, para completar el retrato de la mala vida que venimos trazando. El Mesón o Posa-

---

<sup>10</sup> Vid. Julio PORRES MARTÍN-CLETO, *Historia de las calles de Toledo*, vol. 3. 2.ª ed. Toledo, Ed. Zocodover, 1982, pp. 1504-1505.

<sup>11</sup> Luis HURTADO DE TOLEDO, *Memorial de algunas cosas notables que tiene la Imperial Ciudad de Toledo*, editado por C.S.I.C., en *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas...*, 1963. Citado por Julio PORRES en *Historia de las calles...*, *op. cit.*, p. 1504.

<sup>12</sup> Miguel DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Martín de Riquer. Barcelona, Planeta, 1980, p. 223.

<sup>13</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 47.

<sup>14</sup> Julio PORRES MARTÍN-CLETO, *Historia de las calles...*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 1578-1579.

<sup>15</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 99.

da del Sevillano debió de situarse en la mitad de la cuesta del Carmen <sup>16</sup>, no lejos de la célebre Posada de la Sangre (más cercana a Zocodover), en la que se dice que se alojó Cervantes y escribió allí nuestra novela <sup>17</sup>, y a la que a veces se ha confundido con la del Sevillano. En cualquier caso, la casa en la que vivía Costanza era importante en la época, y así lo atestigua el autor, quien justifica el gran número de criados que en ella había, porque “lo requería la mucha gente que acude a la Posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas de Toledo”, y en la que hay, para sus trabajadores, “muchos provechos, amén de los salarios” <sup>18</sup>.

Algunos de los tipos que encontramos en esta pujante posada están inscritos en la tradición picaresca por derecho propio. La Argüello y la Gallega, mozas de mesón, recuerdan mucho a la Maritornes de la Venta de Palomeque e incluso a las mozas del partido que ayudan a la investidura caballeresca del hidalgo manchego. Son feas, descaradas y amantes de la vida relajada, como lo demuestran sus repentinos enamoramientos de Carriazo y Avendaño y las visitas nocturnas que pretenden realizar a los aposentos de estos. Lo mismo podemos decir de los oficios que desempeñan los nobles protagonistas como tapadera de sus intenciones; tanto el asentamiento de la paja, como el acarreo de agua, están en la línea de las actividades propias de los pícaros. Son trabajos eventuales que, en su precariedad, contribuyen a la vida nómada de los jaques y de los mozos de muchos amos. Sabido es que el mismo Lázaro de Tormes fue aguador en Toledo, cuando estuvo sirviendo a un capellán de la iglesia mayor, según el propio protagonista nos relata: “y púsome en poder un asno y cuatro cántaros, y un azote, y comencé a echar agua por la cibdad” <sup>19</sup>.

De gran colorido es, también, el baile de la chacona que se organiza a la puerta del Mesón del Sevillano, amenizado por Lope Asturiano. Este baile no solo tiene un valor costumbrista, sino que sirve, además, para reforzar esa vida alegre de la jacarandina que engalana los aledaños de Zocodover. Esta estampa fue retomada por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena, para enriquecer el libreto de la zarzuela *El huésped del Se-*

---

<sup>16</sup> Los lugares citados por Cervantes en la novela figuran señalados en el plano de El Greco que reproducimos al final del trabajo.

<sup>17</sup> De esta opinión son Luis Moreno Nieto y Augusto Geysse (*op. cit.*). A nuestro parecer, las afirmaciones de estos autores están dictadas, en más de una ocasión, por el apasionamiento, y contribuyen más a la mitología existente en torno a Cervantes que al tratamiento científico de su vida y obra.

<sup>18</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., pp. 65-66.

<sup>19</sup> *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, edición de Alberto Blecuá, Madrid, Castalia, 1980, p. 170.

villano, de claro sabor cervantino, que, con música de Jacinto Guerrero, recrea el ambiente de los mesones de principios del XVII e incluye personajes extraídos de la tradición picaresca, claramente inspirados en *La ilustre fregona*. En el estribillo de las coplas cantadas por el Asturiano (que también están presentes, en parte, en la zarzuela), se resumen los valores básicos de la picaresca: “Que el baile de la chacona / encierra la vida bona”. Esta “vida bona” es el alegre vivir de las gentes del hampa, risueñas y enamoradas de la diversión (y también de lo ajeno), cuyas existencias vemos desarrollarse en este Toledo bullicioso de los albores del siglo XVII, que se presenta así como marco adecuado para el discurrir de los acontecimientos de la novela que nos ocupa. Un Toledo abierto alrededor de su centro comercial, la ya citada plaza de Zocodover, en cuyas inmediaciones se movieron a su aire Carriazo y Avendaño, nobles inclinados a la vida picaresca (aunque sin perder la conciencia de su estado). Por allí les indicó la Argüello, cuando ambos llegaron a la ciudad, que “bodegonos y casas de estado había cerca donde sin escrúpulo de conciencia podían ir a cenar lo que quisiesen”<sup>20</sup>. Otra pincelada más, la de la noche y sus tugurios, para completar este magnífico cuadro que Cervantes nos ofrece de la vida desahogada de Toledo, a través de su magistral novela.

Y por último, el “mercado de las bestias”, donde Carriazo-Asturiano pretende comprar un asno para su oficio. El lugar, ubicado según Avalor Arce en “la plaza del convento de la Concepción”<sup>21</sup>, nada tiene que envidiar a los tenderetes de Zocodover; sabida es la fama que los vendedores tienen en los mercados ambulantes, avivada por la necesidad de negociar con gentes, a veces, tan apicaradas o más que ellos. El empleo de la plaza de la Concepción como mercado de bestias pervivió durante bastante tiempo, ya que “era posible ver, hasta comienzos de este siglo, los corros de personas que, todos los martes, acordaban verbalmente sus tratos sobre los caballos y asnos que llenaban estos espacios donde se realizaba el mercado de caballerías”<sup>22</sup>.

Pero no todo es jacaranda en el Toledo cervantino, la ciudad que según le dicen a Avendaño “es la mejor de España” y que, para el huésped de la Posada del Sevillano, “a lo menos es de las mejores y más abundantes que hay en ella...”<sup>23</sup>. Hay otro Toledo que contrasta con el que aca-

---

<sup>20</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 59.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 88, nota 161.

<sup>22</sup> Enrique LORENTE TOLEDO, Pilar MOROLLÓN HERNÁNDEZ, Juan BLANCO ANDRAY y Alfonso VÁZQUEZ GONZÁLEZ, *Rutas de Toledo*, Madrid, Electa, 1993, pp. 98-99.

<sup>23</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 66.



bamos de describir; se trata de aquel que vive a la sombra de la catedral, que convierte a la ciudad en cabeza visible de la iglesia española.

Para empezar, Avendaño muestra su interés por conocer el Sagrario, aprovechando que está en Toledo. Aunque no es lo más vistoso de la catedral, el Sagrario (representado por la Virgen patrona de la ciudad) encierra en sí esa religiosidad que transpira por todos sus poros la urbe del Tajo, hasta el punto de considerarlo entre “lo que dicen que hay famoso” en Toledo. Es más que probable que Avendaño se refiriese a la Virgen del Sagrario, talla antiquísima en madera, más que a la capilla que hoy conocemos, que en tiempos de Cervantes era solo un proyecto o, en el mejor de los casos, una obra inacabada, ya que la primera piedra fue colocada el 23 de junio de 1595<sup>24</sup>, y el cerramiento definitivo se produjo tras el impulso que dio a las obras el cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, entre los años 1605 y 1617. Al parecer, en 1616 (el mismo año en que murió Cervantes), “en medio de unas sonadísimas fiestas, se celebró el traslado de la antigua imagen a la nueva capilla”<sup>25</sup>. No debemos descartar, tampoco, que Avendaño acudiera atraído por la importancia de las obras del Sagrario, que supusieron, a la postre, el añadido de una hermosa capilla y de la actual sacristía de la catedral, entre otras dependencias. En cualquier caso, la construcción del Sagrario y sus aledaños coincidió con las fechas entre las que, muy probablemente, escribiera Cervantes *La ilustre fregona*.

Por otra parte, en el patio del Sevillano hay una “imagen de Nuestra Señora” ante la que se inclina Costanza. Sin duda se trata de la misma Virgen del Sagrario que se encierra en la catedral y que despierta el fervor de los toledanos, como se ve en la propia protagonista.

La vida de los moradores de Toledo gira en torno a la religión. Así, ante el sonido de unas chirimías, Carriazo dice: “Apostaré que es ya de día y que debe de hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Carmen que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías”<sup>26</sup>. Esto nos lleva a entender el cómputo del tiempo y el discurrir de la vida a través de signos externos muy ligados a las prácticas religiosas, que aún hoy perviven en determinados barrios de la ciudad, por medio del toque de las campanas.

Por otro lado, el monasterio del Carmen (inexistente desde la desamortización del XIX) no se hallaba lejos del convento de la Concepción,

---

<sup>24</sup> Vid. Sixto Ramón Parro, *Toledo en la mano*, Toledo, I.P.I.E.T., 1978. Edición facsímil de la de Toledo, Imprenta y librería de Severiano López Fando, 1857, vol. I, p. 433.

<sup>25</sup> VV.AA., *Los primados de Toledo*, Toledo, Diputación Provincial y Servicio de publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1993, p. 117.

<sup>26</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 62.

formando un importante núcleo espiritual, como otros muchos presentes ayer y hoy en Toledo, y cuya presencia masiva podemos constatar viendo la multitud de cruces representadas en el plano de El Greco que reproducimos al final.

Pero lo más común, en este sentido de lo religioso, es la fusión de los estamentos eclesiásticos con el pueblo, hasta el punto de que muchas referencias a actos comunes están enlazadas con el clero, cuyos poderes y formas de vida son tratados satíricamente por Cervantes. Esta burla afecta tanto al clero catedralicio como al conventual. Así, cuando la Argüello y la Gallega requieren de amores a Carriazo y Avendaño, en la oscuridad de la noche, les dicen a través de la puerta las siguientes palabras: "...no habrá par de canónigos en esta ciudad más regalados que vosotros lo seréis de estas tributarias vuestras"<sup>27</sup>. Es proverbial el buen vivir de los canónigos, y lógica la mención hallándose en Toledo, pero no hemos de perder de vista dos aspectos: uno, el hecho de que se asimila la vida regalada de los canónigos con los placeres carnales que las dos mozas ofrecen a sus amados; otro, la velada alusión al cobro de tributos diversos por parte del clero catedralicio, al que imaginamos viviendo holgadamente de sus rentas. No deja de ser significativo que a la hora de hablar de una vida placentera, se eche mano precisamente del clero. Otra alusión al buen vivir y al lujo que rodea a los canónigos de Toledo la encontramos, años atrás, en el *Quijote* (I, 47), con la presentación del canónigo toledano que tratará con el manchego andante el tema de los libros de caballerías. Espigando acá y allá, encontramos la siguiente descripción: "...venían hasta seis o siete hombres de a caballo, bien puestos y aderezados (...), caminaban (...) como quien iba sobre mulas de canónigos..."<sup>28</sup>. Hay un deseo de reflejar la exquisitez por parte del autor, que tiene mucho que ver con esa vida regalada de los canónigos.

Siguiendo con la sátira de las riquezas y opulencia del clero, Cervantes nos presenta a unos aguadores jugando a las cartas, no como aguadores, "sino como arcedianos". Estoy de acuerdo con Avalle en lo que respecta a este símil, con lo cual se nos quiere hacer ver que los citados aguadores manejaban mucho más dinero en el juego de lo que en buena lógica sería verosímil, de manera que su capital recuerda el que se supone que poseen los arcedianos<sup>29</sup>. Eso, si no nos fijamos, también, en la manera de asociar a otro estamento del clero con el juego de naipes, vicio *non sancto*.

---

<sup>27</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 69.

<sup>28</sup> *Quijote*, ed. cit., pp. 513-514.

<sup>29</sup> *Vid. La ilustre fregona*, ed. cit., p. 96, nota 182.

Por si acaso la sátira pasara desapercibida, ahora se desplaza hacia el poder político del clero. Fijémonos en la siguiente cita que gira en torno a una monja que parece ser la auténtica gobernadora de Toledo:

“...él [el huésped] tenía personas en Toledo de tal calidad que valían mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del Corregidor, que le mandaba con el pie, y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenía una hija que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja, la cual lavandera lavaba la ropa en casa”<sup>30</sup>.

El encadenamiento de personajes (que contribuye a hacer más divertida la burla), nos ofrece no solo la longitud de los poderosos tentáculos de la citada monja, sino también la preponderancia de las gentes de religión, auténticos regidores, como se ve en esta sutil ironía cervantina, de la Ciudad Imperial.

Concluyendo, hay dos polos claros en la vida toledana: el dominado por las gentes de la calle y representado en el mundo del hampa (en un sentido muy general), y el dominado por los poderes espirituales, que aquí se nos presentan fuertemente aferrados a lo material y lo terrenal. El dibujo que de ambos nos hace Cervantes no solo es genial, sino muy instructivo para conocer la vida toledana de los primeros años del siglo XVII, cuando aún la ciudad tenía gran importancia entre todas las de España.

### 2.3. *Una ciudad y un río: el Tajo y su entorno como elementos básicos de la trama*

Las riberas del Tajo, gloriosamente cantadas por Garcilaso de la Vega, debieron de ser en los Siglos de Oro lugar placentero que convidara, con su amenidad, al recreo y al solaz de los sentidos. El enorme atractivo que estos parajes han ejercido sobre poetas y artistas está documentado por doquier, y habla por sí solo. Nosotros vamos aquí a analizar la importancia del entorno del Tajo en *La ilustre fregona*, donde se presenta como contrapunto a la vida apresurada de la ciudad colgada en lo alto del monte. Las escenas del río forman parte de una suerte de acción paralela, protagonizada por Lope Asturiano, frente a la trama central basada en Costanza y en el amor que por ella siente Avendaño.

Dos perspectivas se nos antojan válidas para el acercamiento al trato que Cervantes da a los alrededores del río Tajo: la primera por la vía de la

---

<sup>30</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., pp. 71-72.

cita de lugares y topónimos; la segunda en cuanto a esa acción secundaria que arriba he anotado.

En cuanto a los espacios citados en la novela, los encontramos, sobre todo, en la relación hecha por Avendaño cuando, tras ver a la bella Costanza, decide quedarse en Toledo. Ya los citamos arriba, pero no es malo recordar los que nos interesan ahora plenamente. Se trata del Artificio de Juanelo, las Vistillas de San Agustín, la Huerta del Rey y la Vega. Todos estos topónimos responden a realidades visibles en época de Cervantes, todas ligadas al río Tajo, y de las que hoy, mayormente, solo queda el recuerdo (en algún caso, ni eso siquiera). Salvo la Huerta del Rey (de la que, además, hablaremos más adelante), los otros lugares se han modificado considerablemente. Repasémoslos.

El Artificio de Juanelo fue, como es sabido, un ingenio hidráulico proyectado por el ingeniero cremonés Juanelo Turriano, con el que se subía agua del Tajo al monte en el que está emplazada la ciudad, por un sistema de cazos basculantes y de poleas que facilitaban el ascenso del líquido a través de un acueducto. Apenas quedan hoy restos del citado artificio, que debió de ser famoso en su tiempo y que tenemos perfectamente localizado y señalado en el plano de El Greco<sup>31</sup>.

Tanto las Vistillas de San Agustín como la Vega fueron lugares de esparcimiento en tiempo de Cervantes. El primero de ellos era un paseo situado hacia el suroeste de la ciudad, que dominaba el río desde su elevada posición, a espaldas de un convento de agustinos al que debía el nombre. La Vega era una amplia extensión, al noroeste, situada extramuros, “donde la gente por la mayor parte se recrea, por ser la más fácil salida por la puerta de Visagra y del Cambrón, casi junto a los muros de la ciudad, en la cual demás de los huertos y açudas que tienen, que adelante se dirá, tiene un circuito antiquísimo con una puerta de argamasa y un ancho teatro, arruinado y volcado...”<sup>32</sup>. Lugar, pues, de recreación, con los restos del esplendoroso pasado, visibles en las ruinas del circo romano.

En la parte opuesta de este prado deleitable (que se extendía hasta el río y que hoy está ocupado por modernas barriadas consecuencia del crecimiento de Toledo), se sitúa la Huerta del Rey, en la que transcurre parte de la acción de los aguadores de la novela. Pasamos así de la simple cita al relato de las andanzas de Carriazo, convertido en el aguador Lope Asturiano, quien compra allí su asno a un “corredor” que lo tenía “aquí

---

<sup>31</sup> Vid., sobre este particular, Julio PORRES MARTÍN-CLETO, *El Artificio de Juanelo*, Toledo, I.P.I.E.T., 1987.

<sup>32</sup> Luis HURTADO DE TOLEDO, *Memorial de algunas cosas notables...*, p. 500. Citado por Julio PORRES, *Historia de las calles...*, op. cit.

cerca, en un prado” en la Huerta del Rey, “donde a la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores”<sup>33</sup>. Covarrubias define la azuda como “una rueda por extremo grande con que se saca agua de los ríos caudalosos para regar las huertas. Destas máquinas ay muchas en la ribera de Tajo, cerca de Toledo”. Es pues un paisaje típicamente toledano aquel en el que Carriazo encuentra su asno y ejerce luego su trabajo. Hoy no quedan azudas ni en la Vega ni en la Huerta del Rey, pero sí se conserva este último paraje, considerado por el tratante de ganados como cercano al mercado de las bestias, lo que une más aún la ciudad con su fuente de vida; el Tajo.

Por otra parte, los aguadores son el nexo de unión entre la civilización y la agreste campiña, y a la vez forman parte destacada de la jacarandina toledana, que arriba hemos analizado, como se demuestra con sus peleas y su afición por el juego de los naipes. Dos veces se producen peticiones de libertad entre los azacanes, en las que el Asturiano da con sus huesos en la cárcel (aunque en la segunda ocasión se libra del calabozo en el último momento). Las dos (no nos referimos aquí a la petición de la cola) se sitúan en la prolongada pendiente que desde la Sangre de Cristo (en Zocodover) baja por la cuesta del Carmen y desemboca en el puente de Alcántara, bordeando el ábside del desaparecido monasterio de los carmelitas. Es un camino ascendente y descendente, que lleva a Carriazo desde la relativa tranquilidad de la Posada del Sevillano, a la confusión producida en las cercanías del río, tras el descenso. Allí abajo tienen lugar todas las disputas de nuestro aguador con sus colegas de oficio: una en la Huerta del Rey (cuando la cola del asno), las otras dos en la parte baja de la ciudad, al final de la cuesta o en la puerta de Alcántara. El descenso parece conducir a un mundo sin ley, mientras que el ascenso lleva a los brazos de la justicia: “subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Carmen dieron en los oídos de un alguacil...”<sup>34</sup>. Con el nombre de plaza del Carmen no recoge Julio Porres ningún espacio urbano, pero cabe pensar que Cervantes llamó así al ensanchamiento final de la calle del mismo nombre, tal vez dejando atrás el ábside del convento del Carmen, a la vista del puente de madera que sustentaba el Artificio de Juanelo en su ascenso hacia el alcázar<sup>35</sup>. Allí hemos de suponer la presencia del alguacil a cuyos oídos llegó la noticia de la disputa del Asturiano con otro aguador, que motivó la prisión del protagonista.

La cárcel toledana se ubicaba entonces en la actual calle de Alfonso XII,

<sup>33</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., pp. 94-95.

<sup>34</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 70.

<sup>35</sup> *Vid.* Julio Porres, *Historia de las calles...*, *op. cit.*, p. 365, s. v. “Cuesta del Carmen”.

a la entrada de ésta desde la plaza del Padre Juan de Mariana. La conducción de Lope Asturiano a la prisión supone, a su vez, la cita del lugar más adentrado en el laberinto de todos cuantos menciona Cervantes. Estamos viendo cómo, aparte de Zocodover y sus aledaños, la acción de la novela se desarrolla, básicamente, en las riberas del Tajo, por lo que el camino desde aquí a la cárcel marcaría un recorrido ascendente prolongado, además de una posibilidad para el protagonista de conocer los recovecos de la ciudad. Se proyecta, poco a poco, una imagen de la cotidianidad toledana, en la que el movimiento de gentes se confunde con la presencia de pícaros, el ir y venir de los aguadores, la actuación de la justicia y la llegada de viajeros atraídos por la fama de Toledo. Todo ello, en una ciudad que imaginamos como un abigarrado bullir humano en continuo trasiego por sus calles y plazas.

La conexión entre el entorno urbano y el río que rodea la ciudad es básica para el mantenimiento de ésta, y, en *La ilustre fregona*, Cervantes hace inseparables ambos mundos: los dos son Toledo y juntos redondean un poco más la imagen que nos da el autor de esta ciudad que tanto pareció cautivarle.

#### 2.4. *Las gentes de Toledo*

Ya hemos visto cuál era, en esencia, el componente humano de la ciudad de Toledo: un maremagnum formado por pícaros, mesoneros, mozas de mesón, clérigos, monjas, viajeros... Por ello, solo nos detendremos aquí brevemente, para comentar algunas alusiones particulares a las gentes de Toledo. Empezaremos por las mujeres que, capitaneadas por la sin par Costanza, se nos presentan dotadas de una extraordinaria belleza en labios de Avendaño, quien rectifica a su amigo Carriazo con las siguientes palabras:

“Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan a una su discreción con su hermosura...”<sup>36</sup>.

La discreción y la hermosura son cualidades que a menudo tienen las heroínas de Cervantes, por lo que se nos antoja un tanto tópica la alabanza que este hace de las mujeres de Toledo. Distinta es la descripción de la belleza de Costanza, menos fiel a los tópicos:

“Es dura como un mármol, y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año:

---

<sup>36</sup> *La ilustre fregona*, ed. cit., p. 73.

en una mejilla tiene el sol, y en la otra, la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay también azucenas y jazmines”<sup>37</sup>.

Todo el colorido de las flores, la belleza de la luna y el sol, en contraste marcado con la dureza marmórea (de clara procedencia garcilasiana) y con la aspereza de las rústicas. En resumen, bella pero honesta y, por extensión, también discreta.

Otros personajes toledanos son “los poetas del dorado Tajo”, a quienes “dio ocasión la historia de la fregona ilustre a que (...) ejercitasen sus plumas en solemnizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza...”<sup>38</sup>. Tierra de poetas, Toledo, fusionada con su río, con el recuerdo de Garcilaso, príncipe de todos ellos. Aquí no solo alude Cervantes a la multitud de poetas que sugieren sus palabras, sino también a otro tópico toledano: las aguas doradas del Tajo. Desde antiguo se consideraba que las arenas de este río eran de oro, e incluso alguna tradición apunta a que las aguas del Tajo son las causantes de la tersura y belleza de los rostros de las toledanas, de nuevo representadas por Costanza, cantada por todos los poetas toledanos.

Y por último, la cita de un personaje histórico: el doctor Rodrigo de la Fuente (¿1510?-1589), según Cervantes el “de más fama de la ciudad”. Descendiente de conversos, Ruy Pérez de la Fuente (que éste era su auténtico nombre) se graduó de doctor en Alcalá de Henares en 1535 y ejerció después como catedrático de medicina en la toledana universidad de Santa Catalina<sup>39</sup>. La fecha de su muerte nos permitiría situar la acción de *La ilustre fregona* en los años anteriores a esta, y confirmaría que el Sagrario al que se refiere Carriazo es la imagen y no la capilla, puesto que, como se dijo, su primera piedra se puso en 1595, aunque no nos parece relevante ni necesario situar con precisión las fechas, extremo este que, muy probablemente no preocuparía nada al autor. En cualquier caso, lo que más nos interesa en este momento es el conocimiento puntual que tenía Cervantes sobre Toledo y sus hijos ilustres. ¿Conoció personalmente el autor del *Quijote* a Rodrigo de la Fuente en alguna de sus estancias en Toledo? ¿Fue solo la fama de este doctor lo que llegó a oídos de Cervantes? Sea como fuere, el hecho es que nuestro autor no improvisa cuando habla de Toledo, como comentaremos luego.

---

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 56.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>39</sup> Vid. Fernando JIMÉNEZ DE GREGORIO, *Los pueblos de la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII. Población-sociedad-economía-historia*. Tomo V. Toledo. Toledo, Diputación Provincial, 1986. pp. 478-479.

## 2.5. *Los itinerarios. La imagen física de Toledo*

Aparte las citas que hemos ido analizando, no quisiera terminar estas líneas sin hacer referencia a la visión que nos da Cervantes de la realidad física de Toledo. Los itinerarios elegidos para esta novela conducen a los personajes por una prolongada pendiente al este de la ciudad, que les lleva desde la plaza de Zocodover hasta la Huerta del Rey, cerca del Puente de Alcántara, en los recorridos más extensos, y que les hace transitar las más de las veces la cuesta del Carmen. Es siempre un recorrido escabroso y tortuoso, de subida y bajada continua, que nos ofrece un Toledo empinado en lo alto de un cerro, como aquella “montaña que precipitante / ha tantos siglos que se viene abajo”, descrita por Góngora, o el que, entre nubarrones de oscuros presagios, inventara Doménico Theotocópuli, cayendo en picado desde la catedral, insólitamente ubicada, hasta lo hondo de un negro e impetuoso Tajo. Es también la imagen que retrata en su *Vista y plano de Toledo*.

El dibujo de la ciudad es complejo, barroco casi en su dificultoso trazado, pero es, a la vez, la proyección real de su estructura, derramándose por el monte, hundiéndole con su poderosa mole, tal como lo viera varias décadas antes Garcilaso en su égloga III:

“Estaba puesta en la sublime cumbre  
del monte, y desde allí por él sembrada,  
aquella ilustre y clara pesadumbre  
de antiguos edificios adornada”.

Con similares palabras se refiere Cervantes a Toledo por boca de Periandro, en el *Persiles*, cuando los protagonistas ven de lejos la ciudad: “¡Oh peñascosa pesadumbre...!”<sup>40</sup>. Esa pesadez física de Toledo, tan literaria y tan gráfica, refuerza la imagen descendente de sus edificaciones, su dependencia del Tajo que la abraza en lo hondo del valle, adornando y enlazando esa ‘pesadumbre’ que la define, que la precipita inexorablemente hacia el río.

Hay conciencia en Cervantes de señalar esa incomodidad de la cuesta, a veces citada directamente y otras con alusiones a su pendiente. Veamos, para terminar, un ramillete de citas a este respecto, y después, ayudados por el plano de El Greco, acerquémonos a la topografía toledana descrita por Cervantes:

---

<sup>40</sup> Miguel DE CERVANTES, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, edición, introducción y notas de Juan Bautista Avallé Arce, Madrid, Castalia, 1978, p. 327.



“... bajando por la Sangre de Cristo, dieron con la Posada del Sevilla-no” (ed. cit., p. 57).

“...caminaba (...) la vuelta del río por la cuesta del Carmen...” (p. 69).

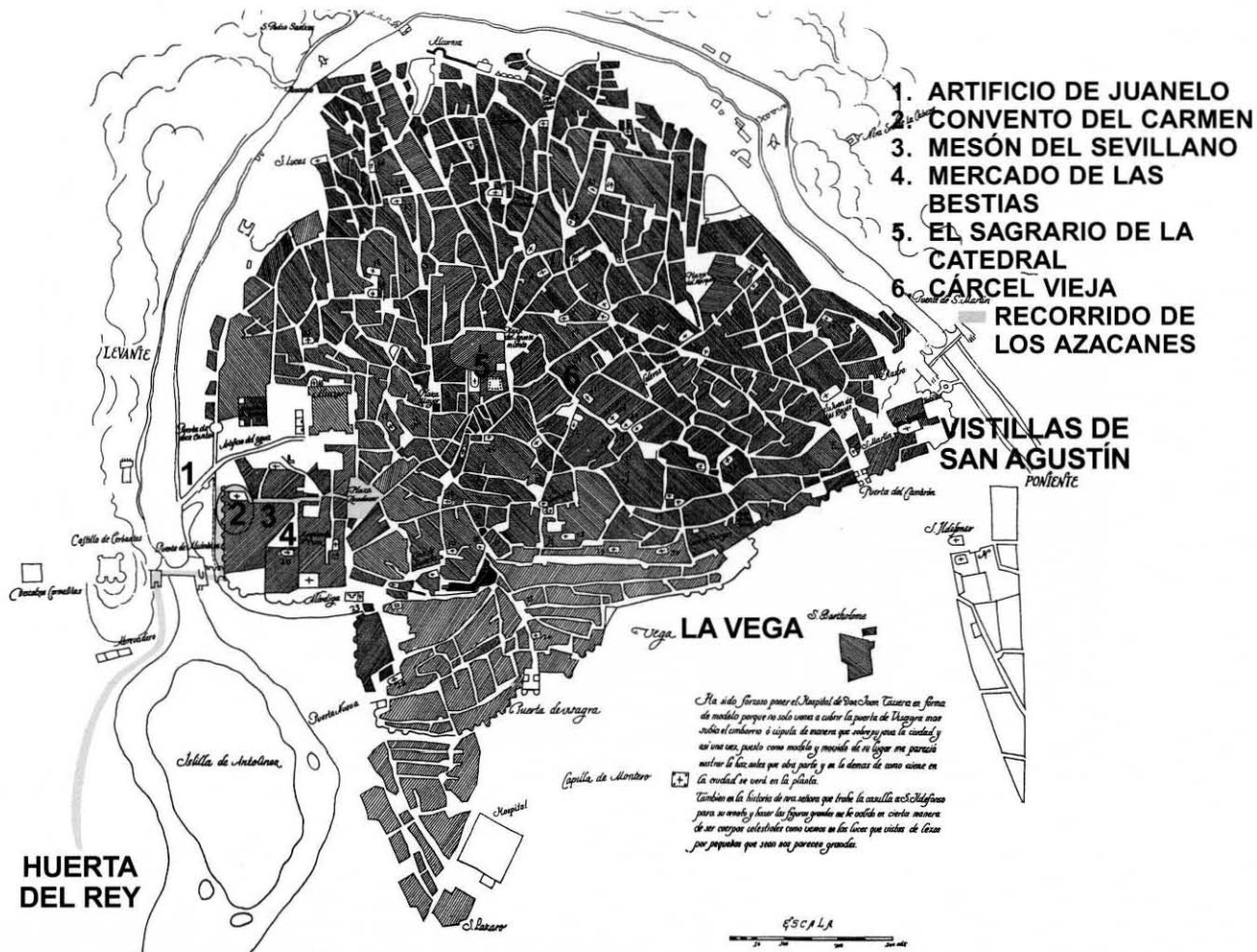
“...subieron las voces de boca en boca por cuesta arriba y en la plaza del Carmen...” (p. 70).

“...dío a correr por aquella *cuesta arriba* con tanta prisa...” (p. 85).  
[Las cursivas son mías].

### 3. Reflexión final

Dos aspectos me parecen destacables para este colofón. El primero, la demostración palpable de que Cervantes fue un gran conocedor de Toledo. De esto no ha de haber ninguna duda, pues hemos visto cómo nuestro autor se refiere a lugares de nuestra ciudad que no son los tópicos empleados para referirse a ella. Vemos a un Cervantes que, sin duda, ha paseado por las Vistillas de San Agustín y por la Vega, pero también encontramos al conocedor de la vida local, de las personas importantes de la ciudad, de las posadas, bodegones y mesones; estamos ante un admirador de la urbe bañada por el Tajo, de la que alaba incluso la hermosura de sus mujeres. Por todo ello, hemos de afirmar que no hay invención ni improvisación; Cervantes no habla de oídas cuando se refiere a nuestra ciudad; sus impresiones, convertidas en depurada prosa, son consecuencia de su experiencia personal, del conocimiento efectivo de los lugares que cita.

Y el segundo aspecto es la pintura que hace de Toledo, mediatizada por el ambiente social en el que inscribe su historia. El Toledo de *La ilustrada fregona* es una ciudad poblada de pícaros, paraíso de la jacarandina castellana del momento. No es la ciudad de *La fuerza de la sangre*, que se nos antoja más señorial, ni siquiera la “gloria de España y luz de sus ciudades” del *Persiles*, sino más bien la que debió de frecuentar la Tolosa, aquella hija de un remendón de las Tendillas de Sancho Bienaya, que ciñó la espada al valeroso don Quijote en la venta regentada por un “graduado de jaque” que hizo sus ‘estudios’, entre otros reputados lugares, en las Ventillas de Toledo.



Ha sido forzoso poner el Hospital de San Juan Túnez en forma de modelo porque no solo viene a cubrir la puerta de Úbeda sino todo el comercio ó círculo de manera que abraza para la ciudad y así una vez puesto como modelo y modelo de su lugar me parece mostrar la forma que abraza y en la demás de como viene en la ciudad se ve en la plaza.

También en la historia de una nación que trabó la escuela de S. Medardo para su arte y hacer la forma grande en la ciudad en cierta manera de ser cuerpos celestiales como como en las cosas que están de cosas por pequeños que son sus personas grandes.